



nuación —la perpetuación, más bien, pues refleja un pensamiento que nunca avanza— de una postura sobradamente familiar, que la filosofía, en su ánimo catalogador, rastrea hasta Sócrates: La vida entendida como representación, como equilibrio racional, frente a la vida como voluntad, como búsqueda y creación; el viejo y temible duelo entre lo *apolíneo* y lo *dionisiaco*, del que nada ni nadie puede escapar.

II. SUPERHOMBRE

«He aquí el superhombre: es este relámpago, es esta locura».

Con este anuncio, recogido de entre las páginas de *Así Habló Zarathustra*, abre Alan Moore su *Miracleman* (rebautizado *Miracleman* ante la prepotencia de los grandes), revelándonos desde este mismo principio el alma de sus intenciones. Dejad paso: él nos trae al verdadero superhombre. La cita literaria, adoptada tan gratuitamente por otros autores, es en Moore todo un heraldo de sus filiaciones, pues el concepto, la trama, y lo que no está escrito pero se nos cuenta en *Miracleman* exuda por cada uno de sus poros el pensamiento de un gran loco: Wilhelm Friedrich Nietzsche.

«El superhéroe número uno de América», rezaba torpemente la propaganda en las propias portadas de la colección. Absurdo; falso y absurdo. No hay un héroe dentro de ese ridículo disfraz, sino algo infinitamente superior a un héroe: un hombre; pero un hombre que goza de un glorioso título que lo eleva por encima de los que a él hubieran querido compararse; no por sus extraordinarios poderes, no porque sus pies lo lleven sin tocar el suelo, ni porque sus manos atravesasen carne y huesos delicadamente. *Miracleman* es un super-

hombre porque es dueño de sí mismo. Y ahí es donde el personaje de Moore se despegar radicalmente de aquellos que son confundidos con sus congéneres. La superioridad que los superhéroes ostentan por el alcance de la manifestación externa de sus poderes, por su capacidad de dominio, él la alcanza por el sólo dominio —léase aceptación, que no represión— de sí mismo. La magnitud cuasidivina que *Superman* tan cínicamente rechaza, la violencia que *Lobezno* domestica en su búsqueda de esa falsa y aséptica humanidad, *Miracleman* las abraza con júbilo, casi con lujuria, con la alegría de quien es completo y rehúsa las barreras. Yo no debo ser, sino que soy, y soy todo lo que soy. Ahí está: Adiós a la moral.

Como personaje Nietzscheano que es, *Miracleman* no tiene más causa que la suya, no defiende más que lo que le concierne, y, como superhombre, lo que le concierne es bien poco. Que nadie quiera por ello ver en él a un monstruo: él es lo que es, está más allá del bien y del mal, y todo en él es pasión. Su triunfo es vivir, vivir con intensidad igual en la alegría que en la tragedia.

Cuando sobrevuela la Tierra y vuelve la mirada, no ve un rebaño, sino hormigas, hormigas insignificantes cuyo pulular no le provoca más que curiosidad o, a lo sumo, perplejidad. No es de extrañar pues que relegue a su consorte humana prácticamente al concubinato, ni que la abandone friamente al descubrir en otra pareja un potencial sexual como nunca antes conocido. Ni es de extrañar tampoco, por supuesto, el que, llegado el momento, decida deshacerse del lastre de su alter ego, un hombre, símbolo de lo viejo. Atrás debe quedar el peso de un pasado no deseado, ligado a ataduras que



